

Palabra Dicha

“Jornadas y Foro Teórico de Narración Oral y Literatura Infantil y Juvenil”

MESA: "Historia, identidad y LIJ: un trípode necesario"

A cargo de Julio Llanes (Cuba) y Graciela Bialek (Argentina) – Córdoba, abril de 2015.

LIJ argentina: historia, identidad e invisibilizaciones

Como en todas las LIJ del mundo, la argentina vino de la mano de la oralidad. Ya los pueblos originarios del sur de Sudamérica sentaron los primeros precedentes con nanas para dormir y canciones de juegos, más allá de las leyendas de transmisión oral de sus ricas y místicas culturas, que relatadas alrededor de los fogones, no distinguían públicos infantiles de adultos.

Luego de la invasiva colonización española y la no menos contundente influencia cultural de los distintos grupos étnicos que se radicaron y enraizaron, -algunos traídos contra su voluntad (como los africanos esclavos) y otros que decidieron emigrar hacia Argentina en los siglos XIX y XX (en su mayoría de Europa y de Medio Oriente), las ricas tradiciones literarias incorporadas por estas culturas (primaron las europeas) fueron mimetizándose con las autóctonas en una suerte de sincretismo cultural, reconvirtiéndose y sumándose al canon popular de canciones e imaginarios infantiles gracias a la reproducción oral, de boca en boca, que siguió transmitiéndose de generación en generación.

Con la masificación de la educación universal, apareció también –ya en formato escrito- una nueva LIJ con marcado sesgo didactista, para moralizar, ya sea para enseñar ciencias y/o valores, podría decirse que desde la rotación de la luna hasta las luchas históricas por la independencia. A mediados del S. XX una buena parte de la LIJ recupera un tono lúdico, artístico, despojado de ataduras “enseñantes” y ese impulso liberador, acompañado por nuevas posibilidades de edición –gracias a las nuevas tecnologías- marcaron una enorme diferencia en la presentación de libros bellamente editados para niños en el S. XXI.

Conviven, así, tres grandes corrientes conceptuales en la LIJ: la literatura de tradición oral (nanas, canciones de juego, clásicos, mitos y leyendas), la de corte didactista (escolar, moralista, doctrinaria) y otra verdaderamente creativa (del absurdo, ficción, álbum, realista, etc.); estas tres corrientes seguirán coexistiendo mientras los niños sigan siendo concebidos como sujetos de reproducción cultural, de “pedagogización” (que no es lo mismo que educación), y no de cambios, con derechos propios también a sus ficciones. Es necesario tener en cuenta, como dice Graciela Cabal, que “no todo lo que se escribe, se publica y, sobre todo, se vende como literatura infantil lo es.”¹

Los premios literarios -tanto para la literatura para niños como para la literatura en general en todos sus géneros y formatos- han jugado un importante rol en el proceso de legitimación e incluso de producción y edición de la LIJ argentina. Muchas obras y el necesario reconocimiento de muchos creadores surgieron gracias a su impulso. A tal punto puede afirmarse esta tendencia legitimadora, que el Día del Libro en Argentina se celebra -desde 1908 hasta nuestros días- cada 15 de junio en conmemoración a la fecha en que se entregaron por primera vez los premios de un importante concurso literario

¹ <http://www.hispanista.com.br/revista/artigo49esp.htm>

organizado por el Consejo Nacional de Mujeres.²

Considerando los aportes realizados por las autoras María Luisa Cresta de Leguizamón³ y Graciela Cabal⁴, se realiza el siguiente punteo de etapas diferentes en la evolución histórica de la LIJ argentina, de acuerdo a tipos de escrituras, momentos histórico-políticos-culturales y propósitos literarios⁵. Estas cinco etapas serían:

I- Los didactistas confesos (S. XVIII y comienzos del XIX):

A la gran influencia religiosa de la Iglesia Católica en la construcción de sentidos éticos y discursivos puede atribuirse que los primeros textos que se impartieron para niños hayan sido himnarios, versos navideños y textos bíblicos. Cuando se llevó a “Buenos Aires la imprenta que los jesuitas habían dejado en Córdoba, comenzó hacia 1780/1 la impresión de materiales para las escuelas a beneficio de la Casa de Cuna de los Niños Expósitos; fueron 1125 docenas de *Catecismos*, 4734 docenas de *Cartillas*, 5000 docenas de *Catones* y 123 docenas de muestras de *Caligrafía*.”⁶

El poeta Domingo de Azcuénaga, fundador de la *Sociedad Literaria del Plata* con sus fábulas con moralejas moralistas (al tipo de las de Samaniego), publicadas semanalmente entre 1801 y 1802 en el periódico *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires, fue un precursor de la escritura para niños.

Al calor imperioso del surgimiento de una nueva e independiente Nación Argentina, circularon entre los menores, textos de canciones patrias (de hecho muchos niños participaron de las guerras por la independencia, y sus breves y trágicas vidas las recuerdan hechos históricos como “El tamborcito de Tacuarí” -Pedro Ríos, 1798/1811-).

Entre las primeras escritoras que se dedicaron explícitamente a la producción de textos para niños, se encuentran Juana Manuela Gorriti, con sus *Veladas de la infancia* (1878), y Eduarda Mansilla con sus *Cuentos* (1880), quienes tratando de emular a Andersen o los Grimm, pero recogiendo también consejos de institutrices inglesas, recurrieron a disfrazar de literatura textos ejemplificadores para “enseñar” ciencias y costumbres.

Los libros escolares para los niños eran considerados más importantes, “edificantes” y necesarios que los recreativos y ficcionales. Sin embargo, bajo esta misma premisa, Domingo Faustino Sarmiento, político y educador (quien llegó a Presidente de la República Argentina entre 1868/1874), cuando escribió acerca de su propia infancia en *Recuerdos de provincia* (1850) da cuenta de lo importante que fue para él la lectura de Robinson, y lo extenuante que fueron los “libros abominables”, como la Historia crítica de España, en cuatro tomos, que le hacía leer su padre, “ignorante pero solícito de que sus hijos no lo fuesen”. (Cabal⁷)

Ada María Elflein, autora de *Leyendas argentinas para niños* (1906) fue la primera escritora que rescató el folklore y tradiciones argentinas para la infancia⁸.

² Por Decreto del Gobierno Nacional N° 1038. Ver más en: <http://www.me.gov.ar/efeme/15dejunio/index.html>

³ Cresta de Leguizamón, María Luisa (1997) “Breve historia de la literatura infantil argentina”. 5to. Congreso Internacional de Literatura Infantil y Juvenil, CEDILIJ. Córdoba. Argentina.

⁴ <http://www.hispanista.com.br/revista/artigo49esp.htm>

⁵ Esta breve síntesis no pretende abarcar a todos los autores argentinos de LIJ.

⁶ Luchetti, Elena (2015) Cuando los libros van a la escuela. Blog Razones Editoriales - Entrada del día 17 febrero 2015- dirigido por Diego F. Barros. En: <http://www.razoneseditoriales.blogspot.com.ar/>

⁷ <http://www.hispanista.com.br/revista/artigo49esp.htm>

⁸ Cresta de Leguizamón, María Luisa (1997) “Breve historia de la literatura infantil argentina”. 5to. Congreso Internacional de Literatura Infantil y Juvenil, CEDILIJ. Córdoba. Argentina.

En 1916 aparece *Cuentos de la selva* del talentosísimo uruguayo Horacio Quiroga radicado en Misiones, Argentina, donde produjo su obra de pura, fresca y recreativa ficción, escrita inicialmente para sus hijos, y que atesoraron todos los niños en esos años y siempre.

II- Los fundantes de una nueva LIJ (en las primeras décadas del S. XX):

Creadores capaces de acercarse al mundo de la infancia y no solo una escritura “para” la infancia, surgen con una literatura coloquial, poética que recupera la picardía infantil. José Sebastián Tallón (*Las Torres de Nuremberg*, 1927), Enrique Banchs (poemas y cuentos aparecidos en diario La Prensa y otros periódicos, entre 1910-1960 y que fueron compilados por María de los Ángeles Serrano en *Para reír y pensar* y en *Para contar al hermanito*, 1992).

Álvaro Yunque (1898/1982). Publicó en 1924 *Los animales hablan* y en 1925 *Zancadillas y Barcos de papel*. La fábula y la paradoja poblaron sus textos. Por su activa participación antifascista y comunista, fue permanentemente proscrito, aún de anciano. A sus 87 años, en 1977, le prohibieron participar en la Feria del Libro de Buenos Aires y la censura continuó en las ferias siguientes⁹.

Estos autores fundantes de una nueva LIJ argentina incorporaron temáticas sociales, lúdicas, poéticas sin un propósito explícito de enseñar nada puntualmente. Dirigieron sus voces a los niños para establecer comunicación literaria genuina. Una literatura ajustada a los tabúes de la época con respecto a los niños, pero donde ocurrían situaciones conflictivas, cotidianas, como la muerte de mascotas, donde los niños eran solidarios, los padres representaban la familia tipo pero sufrían desarraigos, desempleo, etc. temas anteriormente eludidos.

III- Los desprejuiciados - descontaminadores (en los años 50 del S.XX):

La LIJ argentina comienza a tener reconocimiento en escenarios literarios, a pesar de las descalificaciones del establishment cultural de la época. El mismo Jorge Luis Borges desistía de considerar como literatura a las obras dedicadas explícitamente a niños y jóvenes, a pesar de haber traducido a sus 9 años de edad, del inglés al castellano, *El príncipe feliz* de Oscar Wilde.

Sin embargo, Conrado Nalé Roxlo (escritor y periodista de gran renombre, autor también de obra LIJ como *La escuela de las hadas*, 1954) recibe el premio Nacional de Literatura y el Gran Premio de Honor de la SADE, Sociedad Argentina de Escritores, en 1961, iniciando así un camino visible de reconocimiento para la LIJ argentina, una senda que habían comenzado a abrir desde el llano -y mirados como autores de una literatura “menor”-, creadores de la talla de José Sebastián Tallón y Álvaro Yunque (este último proscrito, publicaba ahora con sus segundos nombres, Enrique Herrero), seguían produciendo y circulando sólo en el ámbito educativo o en páginas de periódicos destinadas a “público infantil”, que con la expansión del capitalismo, surgía como un nuevo sector poblacional de consumidores¹⁰.

⁹ Pescelevi, Gabriela (2014) Libros que muerden. Literatura infantil y juvenil censurada durante la última dictadura cívico-militar 1976-1983. Ediciones Biblioteca Nacional. Buenos Aires.

¹⁰ Montes, Graciela: *El corral de la infancia*. Bs. As., El Quirquincho. Colección Apuntes. - 1990.

José Murillo (docente y escritor, 1922/1997) luego de varios libros muy exitosos, recibió el Premio Internacional “Casa de las Américas”, La Habana, Cuba, en 1975 por la novela juvenil *Renancó y los últimos huemules* (en co-autoría con Ana María Ramb). Fue un consecuente luchador por los derechos de los escritores y por su afiliación al Partido Comunista, censurado y perseguido. Sus libros circularon por fueran de los circuitos “oficiales”, de mano de sus lectores.

A mediados del S. XX, en el marco de esta LIJ rejuvenecida y despojada de intenciones moralizantes, cobran popularidad masiva autores como Javier Villafañe y magistral María Elena Walsh, plasmando un corpus de textos novedosos, “visibles” y lúdicos para niños, gracias a que sus obras fueron expuestas y representadas también en teatro, teatro de títeres, musicales y televisión. Un nuevo público, que incluía a padres e hijos, nacía al calor de los medios masivos de comunicación, corrientes liberales, contestatarias y experiencias revolucionarias en un mundo signado por la guerra fría entre capitalismo y comunismo. El movimiento hippie se expandió en el mundo occidental con mensajes antibélicos, agnósticos, de paz, de igualdad de género y libertades amplias.

Estos dos autores irrumpieron en la escena de la LIJ argentina para sacar todo el almidón que le quedaba. Humor, disparate, absurdo, crítica social, temas tabúes. “El chico escapa de lo que le preparan los grandes que ya se han olvidado de ser chicos y les fabrican una literatura relamida y pegajosa” (Javier Villafañe). M.E. Walsh, por su parte, declaró que: “Lo infantil, al caer en manos de algunos escritores cultos o de docentes olvidados de la infancia real y concreta, se contaminaba de contenidos extraliterarios. Mi aporte fue consciente solo quise usar el lenguaje como juego.”

Ambos, y especialmente María Elena Walsh, dedicaron especial interés a recuperar los relatos de tradición oral de los pueblos originarios silenciados por siglos, al folclore argentino y latinoamericano surgido del sincretismo cultural, poniendo palabras y voz a estas injustas ausencias políticamente acalladas, resguardándolas del olvido y poniéndolas en igualdad de posibilidades de elección ante los lectores juveniles, sus padres y sus docentes.

IV- La banda de los cronopios¹¹ (en los años 60 al 80 del S.XX):

A la par de la insistente producción didactista de textos “para la infancia” que desde sus inicios (S.XVIII y S.XIX) se sostuvo legitimada por la escuela y sus cánones -y los de los regímenes de facto que golpe tras golpe a las débiles democracias argentinas imponían sus doctrinas represivas a través de medios comunicacionales y educativos-, surgen nuevos autores en los años 60/70, a quienes María Adelia Díaz Ronner denominó como “la banda de los cronopios” por ser aquellos jóvenes que abrevaron y crecieron con las lecturas del boom de la literatura latinoamericana de Cortázar y García Marquez, entre otros, desarrollando luego una renovación en la LIJ argentina en casi todos sus géneros y formatos.

Desde la pionera Laura Devetach, a esta “banda” se sumaron Elsa Isabel Bornerman, Graciela Montes, Graciela Cabal, Ema Wolf, Gustavo Roldán, a quienes se puede reconocer como los más emblemáticos y editados en Argentina.

¹¹ Díaz Rönner María Adelia. *Cara y cruz de la literatura infantil*. Buenos Aires, Lugar Editorial, 2001. Colección *Relecturas*.

Herederos del humor y desenfado de sus desprejuiciados predecesores, y volcados a derrumbar tabúes de todo tipo (incluidos políticos), se dedicaron también a estudiar y producir teoría para legitimar el espacio de la LIJ como plena y valedera literatura, tanto en la escena literaria como en las industrias culturales argentinas. Un movimiento que en la Universidad Nacional de Córdoba tuvo un hito fundante para su estudio académico (por primera vez en ámbito universitario), fue el celebrado seminario de LIJ realizado bajo la coordinación de María Luisa Cresta de Leguizamón (reconocida académica y autora de *El niño, la literatura infantil y los medios de comunicación masivos*, Bs. As, Plus Ultra.1984) y que luego, con los años, motivó el desarrollo de centros específicos de estudio e investigación, como el reconocido Cedilij y en Bs. As. revistas como *La Mancha*, *Papeles de LIJ*.

Este movimiento fue atravesado por la feroz dictadura cívico militar (1976-1983), época trágica de censuras explícitas, prohibiciones, quemas de libros, reformulación catálogos y cánones, proscripciones y exilios (e “inxilios”¹²) de autores. Varios de los nuevos autores de “la banda de los cronopios” fueron proscriptos al igual que algunos de sus antecesores “fundantes” y “descontaminadores”: Javier Villafañe decide su exilio. María Elena Walsh recorre el mundo denunciando las atrocidades y censuras. Algunas obras de Laura Devetach y de Elsa Isabel Bornerman son prohibidas por decretos de la dictadura. José Pepe Murillo y Álvaro Yunque fueron proscriptos, toda su obra y hasta ellos mismos, por ser escritores comunistas. Murillo “en 1978, firmó una de las primeras solicitadas contra la dictadura militar del genocida Jorge Videla, demostrando una vez más que la literatura, incluida la infantil, es un oficio peligroso” (Cabal¹³). Ni a Murillo ni a Yunque se les volvió a editar y por ende la circulación de sus obras en el S.XXI es casi inexistente, su literatura puede considerarse que sigue sufriendo una especie de censura implícita, tácita, no dicha.

V- La generación LIJ del boom editorial (fines S. XX y comienzos del S.XXI):

Estalló con el regreso de la democracia, junto con el surgimiento de muchas editoriales dedicadas a la LIJ alentadas por los nuevos espacios creativos. La renaciente libertad político-social trajo aparejada jugosas y masivas compras estatales para dotar nuevamente a las escuelas de libros, lo cual alentó no solo la industria editorial sino a una nueva generación de creadores, algunos realmente novedosos.

El auge comercial de libros para niños trajo aparejado excelentes obras, álbumes y soportes digitales para LIJ, con una regresión en cuanto a temáticas abordadas, acrecentándose los textos “por encargo” porque el mercado pedía tal o cual problemática a tratar, o sea una suerte de nuevo didactismo para contarle a los niños y adolescentes cómo abordarlos. Una suerte de “censura y autocensura solapada” a la libertad artística. El mercado, la era de la globalización (que en terrenos de comunicación fueron progresistas, pero en áreas económicas impulsaron enormes monopolios y oligopolios – incluidos los editoriales-, y políticamente nuevas invasiones, terrorismos, guerras y genocidios donde los más perjudicados siguen siendo los niños), el ideario del fin de la historia del postmodernismo, las del individualismo al ultranza de la nueva era (new age),

¹² Inxilio: término argentino acuñado en años de dictadura militar (76/83 del S.XX) para referirse al proceso sufrido por las personas obligadas a mudarse de su ámbitos naturales y/o cotidianos, para de vivir en otro/s sitio/s dentro del mismo país resguardándose de la represión, ya sea para resistir activando políticamente contra la dictadura, para sobrevivir, o por imposibilidad de exiliarse.

¹³ <http://www.hispanista.com.br/revista/artigo49esp.htm>

impusieron en los años 90 toda su impronta. El circuito de profesionales del libro infantil juvenil -escritores, editores, ilustradores, promotores, bibliotecarios- se repobló y lo comercial volvió a imponer orientaciones. Los principales compradores de libros para niños y jóvenes en los países latinoamericanos son los respectivos gobiernos nacionales”. También el impacto y masificación del uso de las nuevas tecnologías digitales produjo centenares de nuevos modos de publicación, tanto de LIJ como de revistas especializadas en el tema.

Censuras soterradas a las LIJ de tradición oral de culturas nativas y relegadas

En América viven algo más de 50 millones de indígenas y se hablan alrededor de 700 lenguas nativas diferentes. En Suramérica las culturas originarias más importantes son la quechua, la aymará (que predominan y hoy recuperaron su poder político en Bolivia) y la guaraní. En el territorio argentino, además de estos tres sobresalientes grupos poblacionales, conviven con “el blanco” los pueblos Mapuches, Tehuelches, Araucanos, Tobas entre los más populosos. Según el censo de 2010, casi un millón de ciudadanos argentinos se reconocen como descendientes o pertenecientes a pueblos originarios¹⁴.

Como se sabe, con la penetración de traspoladas pautas culturales, nuevas enfermedades introducidas por los europeos, la explotación económica y la violencia militar aplicada durante siglos, las poblaciones nativas fueron diezmadas, las comunidades divididas, las identidades saqueadas y sus tierras ocupadas o usurpadas. Todo este proceso de invasión y colonización, fue acompañado por otros de invisibilización, estigmatización que devalúa aún social y simbólicamente sus pautas sociales, naturales, éticas, culturales, esencialmente basadas en la tradición oral. Sin embargo, como en toda fase de aculturación donde intervienen distintos niveles de destrucción y dominación, también subsisten mecanismos de supervivencia, resistencia, soporte, modificación. Y han sido precisamente los relatos de tradición oral uno de los instrumentos soterrados que han dado continuidad a la resistencia cultural a estos pueblos, puesto que son construcciones complejas del lenguaje literario que no han necesitado de la escritura para su difusión, pero sí siguen requiriendo de un narrador que conozca y legitime con pasión la tradición, asegurando así la transmisión de sus sentidos más profundos. Cantos, rezos, versos, plegarias, narraciones y conjuros son los géneros más expresados en estos relatos cuya función estética apunta ficcionalmente a establecer un vínculo armonioso entre lo terrenal y lo espiritual. Se comparten a la comunidad desde la infancia, en lengua materna y a espaldas la cultura “oficial” dominante, aunque muchos indígenas mudados a la periferia de las grandes urbes han ido autocensurando su lengua y sus tradiciones en el afán de ser incluidos.

Un concepto muy puntual para entender estos textos es la noción de circularidad temporal que los sostiene. “En contextos de tradición indígena el tiempo no es concebido como un proceso lineal como en occidente, sino como un proceso circular. En función de esta noción temporal las comunidades indígenas *“pueden considerarse como homeostáticas; esto significa que viven en un presente que se mantiene a sí mismo en equilibrio.”* (Ong Walter, 1982: *Oralidad y Escritura. Tecnologías de la palabra*).

Este concepto de circularidad temporal se extiende también al espacio: La propiedad

comunitaria de la tierra, madre para todos, quien nutre, cobija, provee y por lo tanto no puede ser pertenencia de alguien, sino por el contrario, son los hombres quienes le pertenecen a ella, opuesto del concepto capitalista de propiedad privada que busca una renta productiva a través de su explotación. Fundamentos filosóficos y culturales diferentes entre sociedades que conviven en un mismo suelo y bajo una misma administración de Estado.

Otros grupos poblacionales subyacen y conviven ocultos y a espaldas del modelo liberal de “cultura nacional” sostenido en los S XIX y XX. Los negros, que como sabemos, fueron obligados a vivir en América como esclavos, entre los años 1500 y fines de 1800. El estudio "La ruta del esclavo" de la Unesco reconoce que durante esos 400 años ingresaron a nuestro continente casi 11 millones de africanos (sobrevivientes del triple capturado en su continente -33 millones-, pues se calcula que, de cada tres apresados, uno moría en África durante su captura y otro fallecía en el traslado oceánico.

A comienzos del siglo XIX en Argentina, entre el 30 y casi el 60 por ciento de la población era descendiente de africanos, según las regiones del país; pero a comienzos del siglo XX, apenas entre el 2 y el 3 por ciento de la población argentina reconocía su ascendencia africana. Sí, muchos murieron en las guerras de Independencia y en la del Paraguay, pero tanto antropólogos como historiadores reconocen que –al igual que los pueblos originarios- el arma letal tuvo que ver con el impiadoso grado de explotación a que fueron sometidos, las restricciones a su libertad y las pésimas condiciones de vida, mientras una sociedad eurocentrista, minoritaria, blanca se miraba a sí misma como humanista y revolucionaria. A raíz de las brutales bajas masculinas, las mujeres africanas se mestizaron con indígenas y criollos y así, la raíz africana en Argentina se ha perpetuado, a pesar del mecanismo de negación de la negritud y la invisibilización cultural a la fue sometida en el ideario liberal de una argentinidad “gringa”. *Zamba, milonga, tango, malambo, quilombo, mucama, catinga y candombe* son voces afroamericanas que permearon el lunfardo. O como TUTO... del TUTE que significa “caliente” en bantú.

Mucho de lo que comemos a diario proviene de ese patrimonio negro que legamos. “Por ejemplo, el dulce de leche, se dice que nació de un descuido en la provincia de Buenos Aires, luego de que la cocinera de Rosas se olvidara la leche en el fuego, nadie dice que esa cocinera era negra. Las achuras: las comidas de las vísceras son típicamente negras. Los criollos no las comían, las tiraban. Y las negras achuradoras (esto lo dice Echeverría en El matadero) iban a recoger esa carne para hacer su comida”, relató a Página 12 Pablo Cirio, antropólogo musical; “una anécdota de Borges muy interesante. Él volvió a su casa, en la década del '20, y le contó a su madre, enfervorizado, que había estado con compadritos, y que lo habían invitado a comer. La madre, entonces, le pregunta: ¿No habrás comido asado, esa porquería que comen los esclavos?”. Otra comida, es una en la que se hierven huesos de pata de vaca hasta que se deshacen; eso se mezcla con cebolla rehogada y ajo y se pone en una fuente, como si fuera queso. Esa era una comida de negros muy pobres. Por tradición historiográfica se sabe que los negros siempre estaban recogiendo huesos de vaca en los mataderos.

¿Cómo reconstruir estos relatos negados? ¿De qué cultura nacional seguiremos hablando? La de la Europa sudamericana culta y blanquísima? Un estudio de la UBA, en 2011 (Cambios recientes en la estratificación social en Argentina /2003-2011/. Inflexiones y

dinámicas emergentes de movilidad social) , dio a conocer datos de la estratificación social en Argentina:

- Clases populares (asalariados no calificados, cuentapropistas, perceptores de planes sociales), el 47,3 %.
- Clase media inferior (asalariados calificados, administrativos, pequeños comerciantes), el 42%.
- Clase media superior (profesionales y ejecutivos), el 8,4%.
- Clases altas (empresarios grandes y medianos. Terratenientes), el 2,3%.

Nuestros típicos morochos de barrio (negros de *M* los llaman algunos), los cabecitas negras, mestizos y los pueblos originarios son absoluta mayoría en nuestra estructura social. Las inmigraciones europeas y orientales, más las de nuestros limítrofes coterráneos, sumaron tradiciones, pero es imposible e impúdico seguir tratando de tapar el sol con las manos. Somos Latinoamérica. Orgullosamente.

¿Qué lugar ocupan esas producciones culturales y su proyección en el arte? Periférico. Se las trata como “particularidades” y no como un componente intrínseco al cotidiano hacer cultural.

¿Cómo se desdibuja una realidad cultural? ¿Cómo se logran esos procesos de invisibilización? Algunas respuestas se han ido trasluciendo, pero ejemplos puntuales habilitan el segundo tipo de censuras soterradas que enuncié:

Censuras soterradas de las industrias editoriales y sus mediadores.

Escena 1: Año 2014. Una editora free lance argentina me pide que adapte un texto para una leyenda para un manual de Santillana. Me envía una versión del cuento tradicional que quiere que reescriba. Lo hago y luego me responde:

“Gra queridísima, el cuento está buenísimo... pero no podemos publicarlo en Santillana. Por dos razones. La primera, que en la editorial existe un lavaje ideológico por el cual los textos no pueden tener ninguna marca que inquiete (ni interese) a los chicos: nada de reclamos de tierra, oposición gringos-nativos, etc. Pensé que esta anécdota que te envié era inocua, pero vos siempre te las arreglás para pasar tu mensaje, ja, ja. La segunda: Los personajes deben ser más estereotipados. Acá es el pícaro (indígena) que engaña al ingenuo (un gringo), ninguno de los dos es "bueno", no hay oposición moral entre ellos. Capisci? Si te animás a hacer una versión más santillanesca de esta misma historia, adelante.”

Escena 2: Año 2015. Luego de la marcha del 24 de marzo, la escritora argentina de LIJ Silvia Schujer sube a su muro de FB una foto de la convocatoria porteña y escribe: “¿y dónde repartían los choripanes? Porque yo no ligué ni uno.” Y entre varios mensajes aparece el de una maestra que le cuestionaba este post y le escribió que nunca más le iba a dar sus libros a sus alumnos.

Las reflexiones del lector me eximen de más aclaraciones al respecto de este tipo de censura.

Censuras soterradas aplicadas a la circulación de bienes culturales regionales

¿Dónde circulan textos y lectores? en el caso del lector infante juvenil, es sin lugar a dudas la escuela –como eslabón primordial de educación e integración cívica– quien decide, en primer término, si genera escenarios donde textos y lectores puedan encontrarse (o enfrentarse), y el segundo término, dispone con quién sí y con quién no, o sea, que la escuela establece un canon legitimante que termina funcionando como un “verdadómetro”.

La escuela decide si se va a leer literatura o no, y las editoriales a través de sus propuestas y planes editoriales, además, aportan qué se lee. Son decisiones estéticas, éticas, presupuestarias y también ideológicas. Cabría preguntarse, a la hora de reconocer la limitada circulación de LIJ interprovincial y latinoamericana, qué sucede. Pretender revalorizar y poner en un plano de preferencia nuestras literaturas ¿es pertinente? Poner en igualdad de reconocimiento cultural las producciones regionales frente a las internacionales es una definición ideológica.

La literatura opera con ideas, existe por las ideas, y les guste o no a algunos, conlleva ideología, (por eso la odian y queman los tiranos). Propaga las ideas de quien la escribe, las de quien las re-significa al leerla y, como dicen los formalistas rusos, también la de su contexto histórico y social del que da cuentas dejando marcas precisas y legibles a través del tiempo.

Para invisibilizar están los textos que callan las verdaderas felicidades, rostros, desgracias y glorias de nuestros pueblos, de nuestras pérdidas, entre ellas la de la identidad, que nos han impuesto hasta como válido que nuestro idioma, el que se enseña en la escuela bajo a denominación disciplinar “Lengua”, ya no se lo nombra como castellano, o portugués en Brasil, y ni atreverse a redefinirlo como “idioma argentino” o brasileño... Legitimaciones culturales anodinas que actúan como procesos de aculturación... Perder el nombre del idioma es como perder el apellido, la familia, las raíces de nuestras palabras... mmm... Cosas de la semiótica y de la colonización cultural que modeliza subjetividades.

Y también de las ideas que nos imponen...

Acercarnos a la Literatura regional y latinoamericana actual, es poner ideas a disposición de los potenciales lectores. Es dotar ideológicamente al joven lector de recursos para su interpretación y construcción de opiniones, para su autonomía como libre pensador. No fue ingenuo que en casi todas las reformas educativas de los 90 –a tono con propuestas “neoglobalizadas” –, fueron desapareciendo los espacios disciplinares llamados anteriormente “Literatura”, que pasaron a ser incluidos en el área de “Lengua”, y en muchas jurisdicciones a grandes disminuciones en sus horas de enseñanza. Todavía nos debemos esta reparación.

No brindar variada literatura regional y latinoamericana es una elección que conlleva a vaciar de ideas divergentes los repertorios identitarios a legitimar. ¿Cuántos autores y textos conocemos de los países de la Unasur? ¿Y de Centroamérica y el Caribe?

La falta de circulación de estos bienes culturales es elocuente. Editoriales internacionales que escasamente trasladan títulos de sus propios catálogos de un país a otro. Autores y ediciones regionales apenas conectados en sus propios países, impedidos de favorecer la socialización del conocimiento de sus obras.

Es mucho más sencillo conseguir un libro europeo que hallar uno paraguayo, neuquino o de Panamá. La colonización cultural reinante no sólo impone y legitima contenidos y estéticas, sino que básicamente nos limita para reconocernos como un tejido cultural

fructífero con una inmensa producción de calidad que ignoramos, porque los catálogos y los cánones circulantes que validan las editoriales comerciales (en su mayoría monopólicas y multinacionales) -y aún muchas de nuestras Universidades Públicas-, permiten visualizar mucho más cercana la obra LIJ de matriz sajona o eurocentrista, antes que la propia.

En 2011, en ocasión de coordinar un libro de 300 reseñas iberoamericanas que editó el Plan Nacional de Lectura de Argentina, consulté a varios directivos de editoriales internacionales de LIJ quienes trataron de acercarme textos de distintas latitudes americanas, no sin antes aclararme, que no estaban dispuestos a circular esos textos de un país a otro. La libertad de leer siempre está sujeta a la propuesta de quien edita y circula, aún cuando hoy la tecnología permite tiradas pequeñas, a costos bajos y a demanda. Y es que el “divide y reinarás” está arraigado...

Es preciso avanzar en el proceso de legitimación de la maravillosa producción de la Literatura Infantil y Juvenil de nuestras regiones y países latinoamericanos. A la cultura argentina le vendría muy bien un baño de literatura donde negros y originarios tengan más presencia literaria, donde los buenos son los desposeídos, los marginados, donde imágenes, ilustraciones y estéticas develen huellas y luchas americanistas tantas veces devaluadas por algunos circuitos de legitimación simbólica. Navegar, por fin, por nuestros verdaderos afluentes culturales. Porque:

*“Importan dos maneras de concebir el mundo.
Una, salvarse solo,
arrojar ciegamente a los demás de la balsa
y la otra,
un destino de salvarse con todos,
comprometer la vida hasta el último náufrago...”*

ArmandoTejada Gómez
Profeta en su tierra. (1986)
Editorial Sílabas, Buenos Aires.

Graciela Bialet

<http://gbialet.wix.com/gracielabialet>

gbialet@gmail.com